

¿CONOCES LA TRILOGÍA DE LA PUERTA OSCURA?



La Puerta Oscura es un legendario umbral que permanece oculto en un desván de París. Cada cien años, se abre un único minuto conectando la dimensión de los vivos con la de los muertos. Ahora en el siglo XXI, un joven llamado Pascal se encuentra en su interior en el preciso instante en el que la puerta vuelve a abrirse. Así, por destino o azar, se convierte en el Viajero, la única persona capaz de moverse por los dos mundo. Sin embargo, la comunicación entre vivos y muertos, entre luz y oscuridad, traerá consigo trágicas consecuencias que amenazarán el equilibrio entre ambas realidades. El siniestro poder de la Puerta Oscura obligará a Pascal a sumergirse en las profundidades del Más Allá, poniendo en peligro muchas vidas y el futuro de su propia historia de amor.



Entra en www.lapuertaoscura.com e infórmate.



LA PUERTA
OSCURA

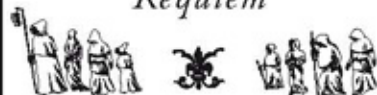


Requiem



LA PUERTA
OSCURA

Requiem



David Lozano Garbala

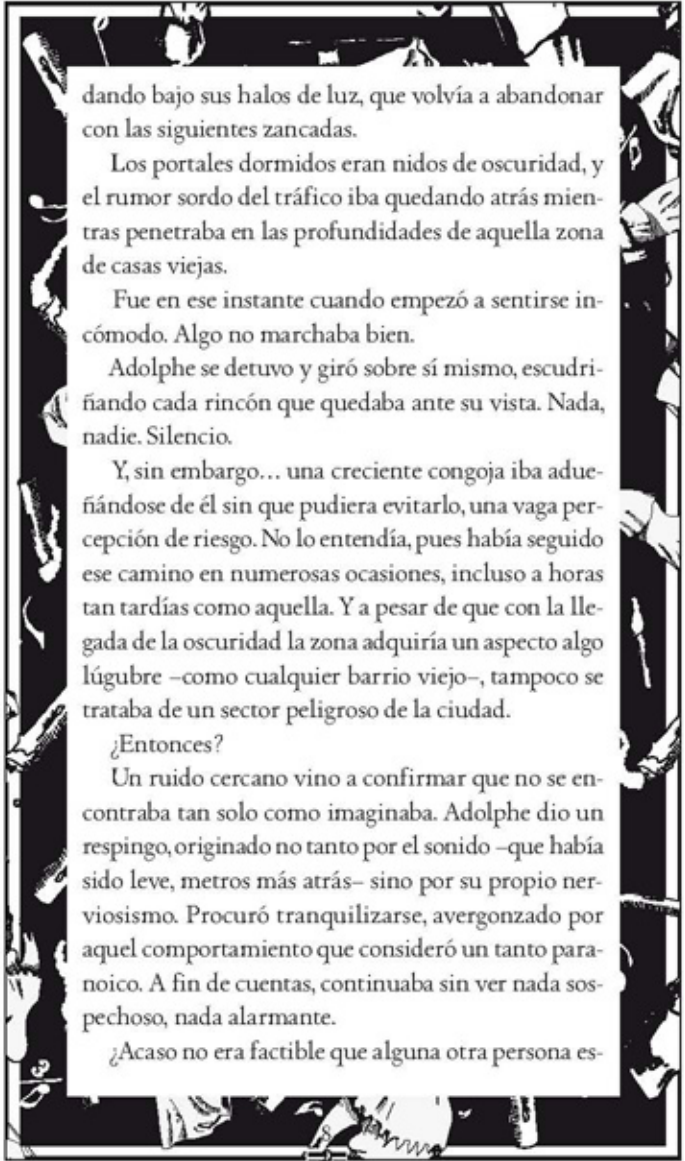


ADOLPHE BINEAU

CONSULTÓ SU RELOJ SIN DEJAR DE AVANZAR. YA PASABA DE LA MEDIANOCHE, ¿CÓMO SE LE PODÍA HABER HECHO TAN TARDE? aceleró el paso al tiempo que abandonaba la avenida principal y se adentraba por una red de estrechos callejones para tomar un atajo.

Tras una jornada laboral especialmente intensa, estaba impaciente por llegar a casa, abrazar a su mujer y echarse a dormir. Alzó la mirada en medio de un suspiro y contempló el cielo pálido asomándose entre los perfiles desgastados de los edificios, paredes negras salpicadas de luces que se derramaban desde algunas ventanas.

La noche se extendía sobre París; sumergía la ciudad en un ambiente fantasmagórico, imponía su penumbra. Los destellos de las escasas farolas dibujaban sombras en el rostro de Adolphe conforme iba que-



dando bajo sus halos de luz, que volvía a abandonar con las siguientes zancadas.

Los portales dormidos eran nidos de oscuridad, y el rumor sordo del tráfico iba quedando atrás mientras penetraba en las profundidades de aquella zona de casas viejas.

Fue en ese instante cuando empezó a sentirse incómodo. Algo no marchaba bien.

Adolphe se detuvo y giró sobre sí mismo, escudriñando cada rincón que quedaba ante su vista. Nada, nadie. Silencio.

Y, sin embargo... una creciente congoja iba adueñándose de él sin que pudiera evitarlo, una vaga percepción de riesgo. No lo entendía, pues había seguido ese camino en numerosas ocasiones, incluso a horas tan tardías como aquella. Y a pesar de que con la llegada de la oscuridad la zona adquiría un aspecto algo lúgubre –como cualquier barrio viejo–, tampoco se trataba de un sector peligroso de la ciudad.

¿Entonces?

Un ruido cercano vino a confirmar que no se encontraba tan solo como imaginaba. Adolphe dio un respingo, originado no tanto por el sonido –que había sido leve, metros más atrás– sino por su propio nerviosismo. Procuró tranquilizarse, avergonzado por aquel comportamiento que consideró un tanto paranoico. A fin de cuentas, continuaba sin ver nada sospechoso, nada alarmante.

¿Acaso no era factible que alguna otra persona es-

tuviera andando por las proximidades?

No obstante, ante sus propias sensaciones, que no lograba explicarse, se negó a aguardar para confirmar la ausencia de peligro. Reanudó su caminar, a un ritmo mucho más rápido. Las ganas por llegar a casa se habían vuelto imperiosas.

No tardó en romperse de nuevo la calma. Ahora con un chasquido, un golpe breve y seco que interrumpió la serenidad nocturna. Adolphe, víctima de una inquietud que iba fortaleciéndose en su interior, se vio obligado a detenerse. ¿Cómo era posible que el ruido hubiera procedido de la zona a la que todavía no había llegado, si había ubicado el anterior a su espalda apenas unos minutos antes?

Tal vez se enfrentaba –fue consciente de que acababa de emplear un verbo que implicaba cierta violencia– a varias personas, que le estaban rodeando. ¿Le iban a atracar?

Adolphe extrajo su móvil de un bolsillo del abrigo, dispuesto a llamar a la policía. Sus dedos se detuvieron sobre las teclas, a punto de empezar a pulsarlas.

Pero no lo hizo. Y es que seguía sin ver a nadie. En realidad, sus ojos no descubrían nada amenazador. ¿Qué iba a decir a los agentes? ¿Que se había puesto nervioso? Procuró mitigar su angustia.

No entendía lo que estaba ocurriendo.

Sus pupilas recorrían los alrededores, meticulosas, sin dejar un centímetro por comprobar. Nada. Ni siquiera en el tramo del que parecía proceder el último



ruido.

Solo la noche y su quietud. Más lejos, los murmullos intermitentes de los sectores de la ciudad que permanecían despiertos.

Calma, se dijo, ha sido un simple ataque de ansiedad, eso es todo. Estás en París, camino de tu casa, no ocurre nada.

Con menor convicción de la que pretendía, sus piernas iniciaron el movimiento que lo conduciría hacia su hogar.

Aunque ese avance lo llevaba en directo hacia el segundo de los sonidos, claro. Aquel detalle no se le había escapado. A cada paso, Adolphe notaba cómo su corazón se iba acelerando; contuvo el aliento negándose a sucumbir a ese pánico absurdo.

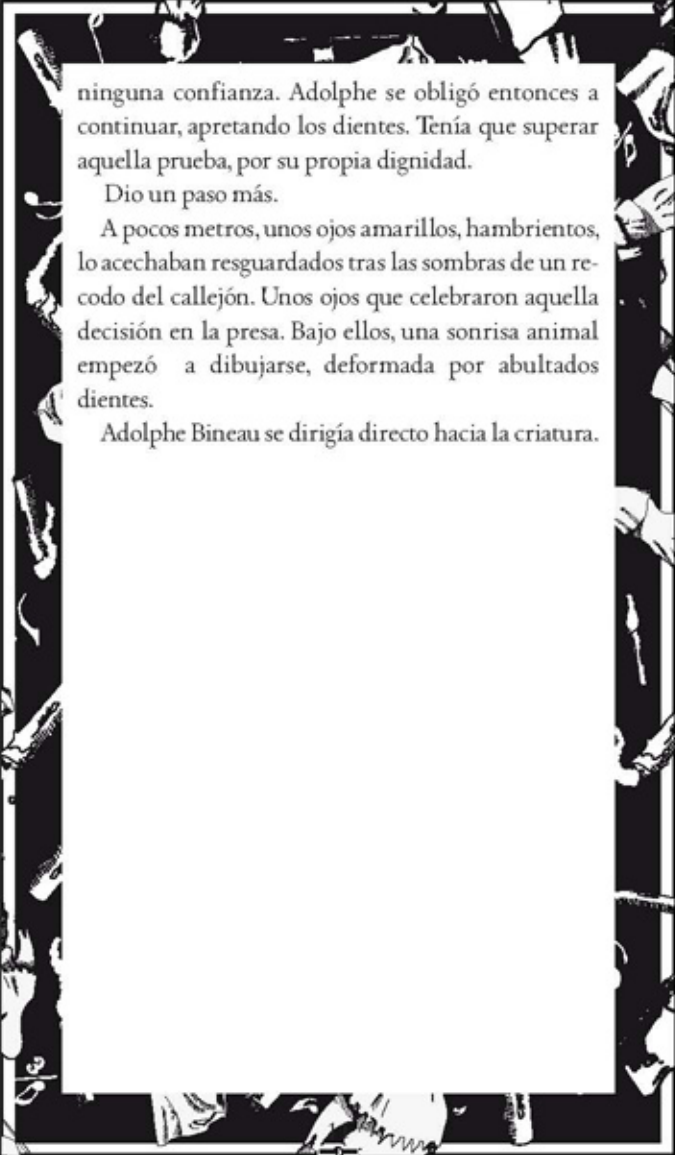
¿Alguien lo estaba siguiendo? ¿Se encaminaba, sin saberlo, hacia una trampa?

Aquellos temores le parecieron irracionales. ¿Quién iba a querer hacer daño a un simple hombre de treinta y cinco años que trabajaba como teleoperador de una compañía telefónica?

Una vez más, cedió ante sus impulsos y frenó, para estudiar cada detalle del escenario urbano que quedaba a su alrededor. Y, una vez más, no consiguió hallar ni el más leve rastro que pudiera confirmar sus recelos.

Silencio, ecos amortiguados de la ciudad, penumbra.

Por otra parte, retroceder tampoco generaba en él



ninguna confianza. Adolphe se obligó entonces a continuar, apretando los dientes. Tenía que superar aquella prueba, por su propia dignidad.

Dio un paso más.

A pocos metros, unos ojos amarillos, hambrientos, lo acechaban resguardados tras las sombras de un recodo del callejón. Unos ojos que celebraron aquella decisión en la presa. Bajo ellos, una sonrisa animal empezó a dibujarse, deformada por abultados dientes.

Adolphe Bineau se dirigía directo hacia la criatura.



CAPÍTULO I

ONCE de la noche. La reunión proseguía con una cadencia desvaída provocada por la proximidad del funeral de Dominique, que tendría lugar al día siguiente. Las voces eran simples murmullos; la iluminación, un tenue tapiz que teñía el espacio de un color lechoso.

Michelle paseó su mirada por aquel lugar de paredes de piedra y techos altísimos donde habían vivido momentos tan dramáticos... y donde se habían perdido vidas: el palacio de Le Marais, escenario donde la detective Marguerite Bencourt había encontrado la muerte enfrentándose al Mal hasta sus últimas consecuencias.

Y donde Beatrice –ella contuvo una íntima punzada de despecho-, aquel misterioso espíritu errante, se había sacrificado asumiendo el precio de su propia traición.

La chica atendió, triste, a las esculturas de ángeles que se asomaban con ojos ciegos desde los tabiques laterales del

vestíbulo, rodeando la escalera que conducía al piso superior. Quiso subir allí e inclinarse sobre la barandilla que bordeaba la estancia desde la altura, elevarse sobre la realidad, observarlo todo con la privilegiada perspectiva de un simple testigo. Pretendía escabullirse de un presente demasiado crudo; por una vez, le tentaba la huida.

Pero ni siquiera así lograba esquivar la pena. En aquel encuentro, la ausencia de Dominique se hacía dolorosamente palpable, como demostraban los rostros cenicientos de los demás: Pascal, Mathieu, Marcel, Daphne y Edouard.

Dominique ya no estaba. Una pérdida que pillaba a Michelle muy vulnerable, dada su reciente ruptura sentimental con Pascal.

–Ya sabéis que no podemos contar con Jules a estas horas –señaló la chica, sobreponiéndose a su propio malestar–. Y es una pena, porque es importante que nos vea a su lado. Con lo que está viviendo, tiene que sentirse bastante solo.

La Vieja Daphne, que se había girado hacia ella al escuchar sus palabras, se encogió de hombros. Ofrecía un gesto resignado que se añadía a su visible agotamiento, mucho mayor que en el resto de los presentes; no se había recuperado aún del ataque de Verger. Su debilidad era extrema; aunque, terca, se había negado a quedarse al margen de aquel nuevo encuentro.

–Hazte a la idea de que Jules no existe durante la noche –indicó–. Sumergido en su estado letárgico no es consciente de nada, la oscuridad lo eclipsa hasta el amanecer.

–Tal vez sea mejor así –opinó Marcel–. Que viva ignorante de sus vigiliadas vampíricas, mientras por el día nos tiene a nosotros.

–¿Hasta cuándo? –preguntó Pascal, preocupado–.
¿Cuánto tiempo mantendrá Jules esa condición inofensiva?

Aquel interrogante resquebrajó la aparente serenidad que reinaba en la sala. Y es que no disponían de una respuesta.

–Nadie lo sabe –reconoció la vidente.

Mathieu intervino:

–Entonces, ¿dejándolo solo en su habitación no corre ningún riesgo?

–Hemos analizado los síntomas –advirtió Marcel–. Se trata del único parámetro que se nos ocurrió para calcular la fase del proceso maléfico en que se encuentra.

–¿Y? –Michelle miró a Marcel a los ojos.

–En principio –el Guardián prosiguió con cautela–, lo que marca la llegada a un estadio crítico es la aparición del arma más letal de los vampiros: los colmillos. Sin embargo hasta ahora lo único que Jules ha sufrido, exceptuando las maniobras del espíritu errante, es la activación de la vitalidad de su cuerpo con la llegada de la oscuridad. Va evolucionando como... depredador nocturno.

“*Qué terrible expresión*”, meditó Pascal antes de manifestar su inquietud en voz alta:

–Pero no sabemos cuándo puede tener lugar el siguiente avance de su... enfermedad –al Viajero todavía le costaba asumir la pesadilla que envolvía a Jules, un inesperado horror con el que se había encontrado al retornar de su último viaje al Más Allá.

–Nadie puede saberlo –reconoció Marcel–, tal vez se trate de cuestión de horas, o de una semana. No existen conocimientos al respecto, se trata de algo que nunca se ha podido estudiar. Quienes fueron testigos del proceso siempre acabaron devorados por el Mal. No hay testimonios de su-

pervivientes a lo largo de la Historia.

–Pero hemos de mantener la esperanza. Por eso estamos aquí –la Vieja Daphne se puso en pie y los fue observando a todos, uno a uno–. No nos podemos permitir dilapidar el tiempo, cada segundo cuenta. Si de verdad creemos que Jules tiene una posibilidad de salvarse, hemos de actuar. Ya.

Lo que implicaba iniciar la búsqueda de la bisabuela del joven gótico en el Más Allá, presunta Viajera anterior en paradero desconocido desde mil novecientos ocho.

–¿Hay alguna otra alternativa? –Mathieu exhibía un cierto escepticismo, y no era para menos: enviar a Pascal de nuevo al Mundo de los Muertos en busca de alguien que llevaba desaparecido más de cien años suponía una auténtica locura.

–No que yo sepa –Daphne acababa de responder de forma tajante–. No hay antidotos, ni ritos, ni ceremonias. La única ventaja con la que ha contado Jules ha sido el carácter superficial de la mordedura. Eso le ha dado un margen de tiempo excepcional en casos de infección vampírica.

–También ha permitido que no se extienda en nuestro mundo la condición de no-muerto –añadió Marcel–. No olvidemos las desastrosas consecuencias que acarrearían los movimientos de Jules como vampiro.

–Pues si no hay otra forma de salvarle, entonces tampoco hay más opción que creerle –concluyó el joven médium con indiscutible lucidez, un argumento que incluso a Mathieu pareció razonable.

Los demás habían asentido, haciendo gala de una unidad sin fisuras. Estaban con Jules, y aquel apoyo incondicional se mantendría mientras hubiese una remota esperanza.



E incluso aunque no fuese así.

–Pero si lo que Jules necesita es una transfusión de sangre de Viajero –Pascal manifestaba sus dudas–, ¿por qué no sirvo yo como donante?

–Ojalá fuera viable esa alternativa. Pero tu sangre no es compatible –explicó Marcel–. Se requiere consaguinidad. Jules precisa la sangre de un familiar.

La figura casi legendaria de la bisabuela Lena, envuelta en su enigmática desaparición cien años antes, se convertía así en la única posibilidad.

Pascal pensó que cada uno de los viajes que había efectuado a través de la Puerta Oscura en los últimos meses se había traducido siempre en una contrarreloj. Empezaba a estar agotado de semejante ritmo. Y del rastro de cadáveres que aquel umbral sagrado parecía exigir como tributo a cada movimiento suyo.

–¿De verdad creéis que la bisabuela de Jules fue la Viajera del siglo xx? –cuestionó Mathieu en aquel momento, recuperando sus propias dudas–. Porque si Pascal va a jugarse la vida en un nuevo viaje, y al final resulta que nos equivocamos...

Al chico le daba miedo que esa asombrosa iniciativa constituyese tan solo una idea absurda nacida de la desesperación del gótico, y se mostraba reacio a exponerlo al peligro más de lo imprescindible. A Edouard, sin embargo, a pesar de que la figura del Viajero continuaba siendo para él casi tan sagrada como la misma Puerta Oscura –cuya solemne presencia intuía unos metros más abajo de aquel vestíbulo, en el recóndito sótano–, no le parecía una iniciativa tan precipitada.

–No podemos albergar una seguridad al cien por cien



–reconoció la pitonisa–. Pero toda la información que Jules ha compartido con nosotros parece inclinar la balanza a favor de esa teoría.

–Por lo que contó –inició Pascal–, Lena Lambert se encerraba en el desván cada vez que discutía con su marido, el bisabuelo de Jules. Y la misma tarde de su desaparición, precisamente la del treinta y uno de octubre de mil novecientos ocho, habían tenido una muy gorda. De hecho, él se terminó acostando sin que ella regresase al dormitorio. A la mañana siguiente, cuando el hombre despertó y se dio cuenta de que su esposa continuaba sin salir del desván, subió a buscarla.

–Pero no pudo encontrarla –recordó Marcel el desenlace–. Nunca más.

–Eso es –convino el Viajero–. Ella pudo perfectamente estar inclinada sobre el baúl abierto en el momento exacto de la medianoche, y...

Medianoche del treinta y uno de octubre. Halloween.

–La idea no es descabellada –reconoció la Vieja Daphne–. Tiene sentido. Pudo suceder.

–La versión oficial que dio la familia fue que, alentada por aquella última disputa, la mujer se había fugado con un antiguo novio que también abandonó la ciudad por esas fechas –completó Pascal–, una teoría poco sólida que se ha mantenido hasta hoy ante la ausencia de otra explicación.

–De acuerdo con lo que nos ha dicho Jules, ella era una mujer de cierta edad y con pocos estudios –opinó Michelle, concentrada en sus deducciones–. Nunca habría logrado desaparecer por voluntad propia sin dejar rastro, ni siquiera se habría atrevido a improvisar algo así con o sin antiguo novio. Es absurdo. Por eso está convencido de que su bisabuela no

llegó a salir de la casa, lo que cuadra con la hipótesis de que fuera absorbida por la Puerta Oscura. Incluso dejó su documentación, su dinero, su ropa. No se pudo ir... físicamente.

–Pero –repuso Mathieu, dando vueltas al asunto–, ¿qué tiene que ver que se convirtiera en Viajera con su desaparición? Pascal no ha interrumpido su vida entre nosotros, y es el actual Viajero.

–Mathieu –señaló Daphne–, recuerda que el Viajero dispone de un tiempo límite en cada incursión para permanecer en la Tierra de la Espera. Si lo sobrepasa, el umbral se cierra para él y jamás puede regresar al mundo de los vivos.

El chico asintió, recuperando de su memoria aquella información.

–Condenado a permanecer allí para siempre –observó, pensativo.

–Supongo que se queda vagando por esa dimensión durante plazos muy superiores a los nuestros –elucubró la pitonisa–, pues el tiempo transcurre en esa región a otro ritmo. Allí, además, un cuerpo vivo no se estropea con la misma rapidez que aquí...

–Por lo que Lena aún podría estar viva –planteó Marcel con cautela–. Siempre y cuando durante estos años no haya caído en manos del Mal, claro.

En efecto, aquella era una inquietante posibilidad que tomaba cuerpo si estaban dispuestos a aceptar que Lena Lambert hubiera adoptado el rango de Viajera e infringido sus límites. Incluso en el mejor de los casos, por tanto, la idea de Jules no ofrecía tampoco garantías.

–Así que... –les animó a concluir Edouard.

–Así que Lena Lambert sí podría compartir con Jules su sangre especial y salvarle antes de que se complete su trans-

formación vampírica –Daphne hablaba, admirada de aquel enfoque tan intrépido–. Jules nos está pidiendo que la busquemos... en el Mundo de los Muertos.

En la voz de la vidente no se intuía ninguna recriminación, sino todo lo contrario, una inflexión admirativa.

* * *

Jules duerme. Estirado sobre la cama boca arriba, con los ojos cerrados y las manos de tonalidad exangüe entrecruzadas sobre la cintura, ha adoptado sin percatarse la pose de un cadáver que ya descansa en su ataúd.

Jules duerme, o al menos lo parece, porque su respiración se ha vuelto casi inaudible y su cuerpo flaco no experimenta el más mínimo movimiento. Su extrema palidez bajo el pelo rubio acentúa aún más la impresión de que está muerto.

Hasta que sus ojos se abren de forma súbita, revelando una mirada que apenas tiene rasgos humanos: amarillenta, de pupilas rasgadas, enfermiza.

Una mirada turbia.

El cuerpo de Jules comienza entonces a sufrir unas leves convulsiones, se arquea sobre el lecho. El chico alza su cabeza estirando al máximo el cuello. La cicatriz sobre su yugular se ha inflamado hasta ofrecer una coloración virulenta.

Jules gime, se retuerce con una lentitud siniestra. El pulso tembloroso de una de sus manos le advierte de que, por primera vez en muchas noches, su conciencia humana ha surgido también en medio del letargo.

Está despierto.

Tal vez habría sido mejor no asistir a aquella escena que van descubriendo sus ojos demasiado abiertos, alcanza a pensar.

El muchacho husmea ahora como un animal, comprueba su extraordinaria capacidad auditiva identificando sonidos distantes. No controla esas capacidades. Su semblante se ha vuelto cerúleo mientras la mente todavía humana va sucumbiendo a un instinto imparables, a la devastadora apatía de la sangre.

Se relame sin poder evitarlo. Y entonces los descubre.

El espanto se desliza como un escalofrío por el cuerpo infecto de Jules, los dedos crispados de las manos se lanzan sobre su cara y tantean hasta encontrarse con la boca abierta en una sonrisa retorcida. Jules reúne todo el valor que logra hallar en su interior, necesita confirmar su sobrecogedora impresión.

Las yemas de sus dedos, temerosas, se encuentran enseguida con dos perfiles curvilíneos que sobresalen de entre sus dientes, los recorren materializando la sospecha: Jules ya cuenta con dos afilados colmillos.

El proceso maléfico sigue su curso inexorable. Mientras, la conciencia de Jules aún se resiste a claudicar, a rendirse frente a aquel lado oscuro que se va haciendo fuerte en sus entrañas, corrompiendo su naturaleza humana de forma irreversible.

Jules se niega a reconocerse en las monstruosas facciones que deforman su propio rostro juvenil. La infección vampírica va destruyendo paulatinamente su verdadera identidad, que él se obstina en proteger.

Mientras llora se empeña en no renunciar a esa identidad del chico que fue antes de sufrir la mordedura fatal.

* * *